

Gerassi, John. *Conversaciones con Sartre*. Madrid, Sexto Piso, 2012, 508 pp. Traducción de Palmira Feixas.

Por Ingrid Galster.
(Universidad de Paderborn, Alemania)

Cuando los padres de John Gerassi querían hablar con Sartre y Beauvoir, le ataban en la pata de una mesa de café: esta anécdota le gusta contarla al politólogo norteamericano, nacido en 1931 en Francia, en encuentros y coloquios. Beauvoir había conocido a su madre, de origen ucraniano, en los años veinte en la familia de su amiga Zaza donde trabajaba como institutriz. Con el padre, un pintor, tuvo uno de los muy escasos *one night stands* que se permitió. Sartre se inspiró en Stépha y Fernando Gerassi para crear los personajes de Sarah, “hacedora de ángeles”, y de Gómez, combatiente en la Guerra Civil española, en su trilogía novelesca *Los caminos de la libertad*.

Esta cercanía era decisiva para una serie de entrevistas que Gerassi hizo entre 1970 y 1974 con Sartre, las que debían servir como fundamento de una biografía política. Sin embargo, publicó únicamente un tomo, en 1989 en Estados Unidos, que se paró al final de la Ocupación alemana de Francia. Había vendido las cintas y su transcripción a la biblioteca de la Universidad de Yale. Una agente literaria le convenció que su familiaridad con “uno de los más grandes pensadores del siglo XX” era una baza fundamental que no debía desperdiciar, lo que se lee en la edición original de las conversaciones aparecida en 2009 en Yale University Press.

En un primer momento se cree que el interés particular del libro se debe a que Sartre, en estas charlas no destinadas a la publicación inmediata, se abre sin reserva alguna con su interlocutor. Es la época en que milita con sus amigos maoístas. No sorprende pues que la óptica omnipresente, que orienta aun más las preguntas de Gerassi que las respuestas de Sartre, sea la de la lucha de clases. Afecta a todos los temas, ya sea la relación de los prisioneros de guerra entre ellos en Alemania o la de los camareros del Café de Flore con su jefe. Esta perspectiva, que puede hoy parecer a veces algo anacrónica y contra la cual Sartre incluso se defiende en parte, confiere cierta monotonía a estas conversaciones, cuanto más que Gerassi omite aportar, en las notas, los contextos que habrían podido explicar a los

lectores las posturas de Sartre, por lo menos en algunos casos.

Después de la lectura hay que preguntarse además si es verdaderamente Sartre a quien se entiende. Gerassi admite que ha seleccionado y concentrado en una sola fecha temas idénticos que aparecen en varias conversaciones pero no dice en qué grado él es el autor de las respuestas de Sartre. Al comparar la versión impresa con los CD (que los investigadores pueden adquirir en la biblioteca de Yale) se advierte sin embargo que en muchos lugares éste es el caso. Daré un ejemplo.

Cuando se trata de la actitud de Sartre bajo la Ocupación alemana, no se puede eludir la declaración, exigida por Pétain de todo funcionario, de que no era judío ni masón. Beauvoir escribe en su autobiografía que Sartre, debido al rigorismo moral que le caracterizaba cuando regresó del cautiverio a finales de marzo de 1941, le reprochó a ella el haber firmado esta declaración. Ya que retomó su puesto en la enseñanza pública, era de suponer que él también hiciera esta firma. Pero en 1989, en la biografía publicada por Gerassi, se leía que no. “I refused to sign”, habría dicho Sartre al autor (en francés, por supuesto). No obstante, le habrían devuelto su puesto porque hubo entre él y el inspector general de la Educación Nacional una complicidad muda contra el régimen de Vichy.

Ahora bien, en 2006 salió un documento a la luz en el que Sartre declara por su honor, el 20 de mayo de 1941 en el lycée Pasteur en Neuilly, que nunca perteneció a una sociedad secreta (a saber, de masones) y se compromete a nunca adherirse a semejante organización (véase mi artículo publicado en la revista *Commentaire*, París, núm. 114, pág. 467). Se podía estar tentado de asociar Sartre a otros autores comprometidos tales como el alemán Günter Grass a quienes se atribuyaba tener lagunas en la memoria en relación con la época nazi. Pero Sartre no sufrió de amnesia. Por el contrario, expone ante Gerassi la actitud paradójica que trata de comprender treinta años más tarde. Por una parte precisamente la rigidez moral que le llevó a rechazar “en un primer momento” la firma antes de hacer suyo el argumento de Beauvoir a quien le da la razón a posteriori: había que firmar para continuar recibiendo su salario y ser así capaz de “hacer algo”. Y por otra parte, en el momento mismo de rechazar la

firma, aceptar la crónica literaria en el semanal cultural *Comoedia* (publicado bajo control alemán) antes de que Beauvoir, quien ya le había advertido, le empujara a retirar su acuerdo inmediatamente después de la primera entrega. Sartre se explica así su ingenuidad inicial: estando en captividad, los primeros nueve meses de la Ocupación y su influencia sobre las condiciones de la vida cultural le habían escapado, contrariamente a Beauvoir. En esta ocasión, uno se entera incluso de que Sartre se dejó seducir para participar con el director de *Comoedia* en una cena ofrecida por oficiales culturales alemanes en presencia del escritor Henry de Montherlant que no era precisamente un adversario de los ocupantes. En el trascurso de esta cena su interlocutor – que no podía ser otro que Karl-Heinz Bremer, el traductor de Montherlant y antiguamente lector en la ENS rue d’Ulm, entretanto director adjunto del Instituto alemán – le invitó a la colaboración, sin éxito, por supuesto.

Nada de todo eso en la versión publicada de las conversaciones. En relación con el asunto de la firma, Gerassi se contenta con poner en la boca de Sartre, de manera lacónica y sin volver sobre la versión contraria que había dado veinte años antes en su biografía: “Firmar no significaba nada, fue sólo un papelito, justamente para tener el derecho de ganarse el pan”.

Se podrían agregar muchos otros ejemplos de este género que ponen la autenticidad de los textos en duda. Por lo demás, el libro abunda en errores factuales en cuanto a fechas, personas y circunstancias, el autor habiendo evitado el esfuerzo de averiguar (y, según parece, la traductora también). Uno de ellos está aún incluido en el texto de presentación de la editorial Sexto Piso que destaca el “notable rigor” de Gerassi: que Sartre, en los años 30, habría visitado a un “psicólogo” que desde entonces se habría vuelto “amigo suyo”, Jacques Lacan (sic), cuando se trata en verdad de Daniel Lagache, un compañero de estudios con quien había hecho una experiencia con la mescalina. ¡Hay que ignorar todo de la historia intelectual de Francia para no corregir tales deslices! Los conocimientos en historia del catedrático de politología quien, a la edad de 80 años, continúa dictando clases en el Queens College, New York, tampoco parecen sobresalientes si no se trata de Cuba o de Vietnam. Se aprende por la boca de Sartre que Beauvoir, como él mismo, no había ido a votar en 1936, cuando llegó el Frente Popular al poder. ¿Como si las mujeres hubieran

tenido en 1936 en Francia el derecho de votar que sólo obtuvieron en 1944!

En verano de 2011, cuando el libro se publicó en Francia, hubo una disputa entre el filósofo mediático Michel Onfray, que de manera general pretende todo y su contrario y se deleitó con los blancos fáciles que el Sartre de Gerassi le ofreció (*Le Monde*, 5 de junio de 2011), y la directora adjunta de *Les Temps modernes*, la cual defendía a su santo (*Libération*, 30 de junio de 2011). Nadie señaló todos los errores, nadie sospechó de Gerassi como el ventrilocuo de Sartre. Se entiende que cada uno tiene el derecho de pensar de Sartre lo que quiera, pero lo mínimo es poder fundamentarse en hechos exactos.

PS. Esta reseña fu escrita antes del 28 de julio de 2012, día en que se murió John Gerassi.

Gómez Bravo, Gutmaro y Marco Carretero, Jorge. *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista. (1939-1950.)* Madrid, Península, 2011, 376 pp.

Por Sara Labrador Hayas
(Universidad Complutense de Madrid)

“Los criminales y sus víctimas no pueden vivir juntos”. Con estas palabras comienza el libro de los historiadores Gutmaro Gómez Bravo y Jorge Marco Carretero, prologado magistralmente por el Catedrático de Historia Contemporánea, Julio Aróstegui, sintetizando un paisaje oscuro de la historia de España, que los autores del libro reconstruyen analizando los acontecimientos que tuvieron lugar durante la Guerra Civil y el gobierno franquista hasta los años 50.

Gutmaro Gómez Bravo, Doctor del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid es especialista en el estudio de la Historia Social del Derecho, Historia de la violencia en la España contemporánea y en el desarrollo de las instituciones penitenciarias, como queda plasmado en algunos de sus renombrados trabajos: *Crimen y Castigo: cárceles, justicia y violencia en la España del siglo XIX*, *La redención de penas. La formación del sistema penitenciario franquista (1937-1950)* y *El Exilio Interior. Cárcel y represión en la España franquista. 1939-1950*.

Jorge Marco Carretero, Doctor del Departamento de Historia Contemporánea de la